

TÍTULO: *Retorno a la libertad*

AUTOR: Carlos Villanes

COLECCIÓN: Gran Angular

EDITORIAL: SM

Primeras páginas

-Marina, ¿eres tú? -se oyó la voz nerviosa de su amiga al otro lado de la línea.

-Sí, dime.

-¡Ha sucedido algo muy serio! Te llamaré por la tarde a lo de Tota.

-Iré a la hora del té -dijo, y colgó.

'Por la tarde' significaba inmediatamente, y 'lo de Tota' era un piso camuflado que servía de enlace para los operativos de alto riesgo.

Marina tenía el teléfono intervenido por la policía desde hacía unos meses, y sabía que cualquier paso en falso le resultaría fatal.

Cruzó a toda prisa el pequeño salón, cogió su abrigo del perchero y, poco antes de llegar a la puerta de la calle, oyó la voz de la niña que le gritaba desde su dormitorio.

-¿Abuela? ¿Pasa algo?

-¡Sí! ¡Cierra bien la puerta y no abras a nadie! Voy a la casa de Tota porque me llaman con urgencia.

Salió por una de las puertas laterales con la mayor precaución, para no ser vista. Caminó pegada a la pared hasta la esquina, atravesó la calzada y torció por la primera bocacalle. Siguió sin detenerse y se metió en una tienda de comestibles. Un hombre maduro que atendía a los clientes la vio entrar y no dijo una sola palabra. Pasó la sección de caja y la trastienda y luego cruzó por un pasadizo que daba a una calle lateral.

Había poca gente. Buenos Aires se desperezaba después del fin de semana. Continuó su camino, más relajada, y se metió en un edificio de ladrillo. Entró en el ascensor y llegó al 3º. B.

Pulsó el timbre durante un buen rato y esperó.

-¿Quién? -dijo una voz recia de hombre al otro lado de la puerta.

-Busco a Tota -casi gritó el santo y seña.

En el acto descorrieron dos cerrojos y se abrió la puerta. Apareció un hombre joven, melencuado y con aire de universitario. Saludó a Marina con una ligera inclinación.

-Canty quiere comunicarse conmigo -dijo nerviosa.

-Lo sé. Pase y aguarde; le avisaré en cuanto pueda recibirla.

Era un salón pequeño, arreglado con gusto aprovechando los muebles antiguos, presidido por dos cuadros en forma de medallón, con un señor y una señora de hacia los años veinte.

Del interior del piso llegaban voces. Hablaban con la puerta cerrada y no se podía entender nada de lo que decían. ¿Qué podía ser tan grave, ahora precisamente, cuando junto a su nieta la vida había vuelto a tener sentido? Se diría que el piso, de pronto, fuera a hundirse bajo sus pies.

Poco después llamaron a la puerta y apreció Canty. Aparentaba unos cuarenta años, vestía con sencillez y era una mujer hermosa. Las dos mujeres se saludaron con un beso. A Marina le temblaban ligeramente las manos. Canty se las apretó con fuerza. La invitó a sentarse.

-¡Marina! -suspiró-. ¡Debes salir esta misma noche para Madrid!

-¿Con la pequeña?

-¡Sí, pero debe ser hoy mismo! ¡Tu vida está en peligro!

-Pero... -se le atragantaban las palabras, tragó saliva si me van a dar el billete dentro de una semana-. Tú sabes que falta...

-¡Está todo arreglado!

-¿Qué ha pasado, Canty? Nadie me ha comentado nada.

-Los muy canallas han apelado a la Suprema Corte de Justicia y han reabierto la causa. Hoy o mañana te llegará la citación judicial conminándote a no dejar Buenos Aires hasta que se vea la causa, y eso, tal como están ahora las cosas, puede tardar un par de años, ¿te das cuenta?

-¡Dios mío, podrían quitarme a la niña!

-O hacerla desaparecer -se puso en pie, caminó indignada de un sitio a otro y se volvió-. ¡Te repito que tu vida también corre peligro!

-¿Tan grave es la situación?

-¡Tú no sabes las cosas que yo sé! ¡Ha llegado la democracia, pero los rencores no han muerto! La niña se ha convertido en un motivo de acusación, y seguirán rodando cabezas. Como hay intereses políticos y económicos en juego, nada cuesta simular un accidente, y se acabó la historia.

Marina se cubrió la cara con las manos y lloró en silencio. Canty se aproximó a ella y la abrazó.

-¡Ánimo, chica! -le dijo con un tono casi jovial-. ¿No te hace ilusión volver a tu patria?

-Mucha -suspiró-. ¿Crees que nos detendrán?

-Lo vamos a evitar. ¿Tienes mucho equipaje?

-Un par de maletas y una bolsa -se encogió de hombros-. Bueno, lo que permite la compañía aérea: veinte kilos por persona.

Canty se dirigió hacia el interior del pasillo. Llamó con los nudillos a una puerta. Salieron dos hombres y una mujer. Se llegaron hasta el salón y saludaron.

-Él es Rogelio. Irá a tu apartamento dentro de dos horas y recogerá el equipaje - notó que a Marina no le hacía gracias esa idea y que se ponía nerviosa-. No te preocupes. Nosotros nos encargaremos de facturarlos y remitírtelos.

Entendido.

-Él es Francis. Tiene un taxi; te aguardará cerca de tu casa a las ocho de la noche, frente al cine Ópera, y te llevará al aeropuerto; y ella es Marisa. Se verá contigo, a partir de las ocho y media, con los billetes en la zona de embarque en Ezeiza. Por lo demás no te preocupes. Ah, otra cosa; hoy, lleva una vida absolutamente normal, la de todos los días; incluso vete al mercado y compra lo que acostumbras a hacer.

Marina, emocionada, les dio las gracias y estrechó sus manos en un gesto efusivo. Turbada todavía, confusa, se dirigió a Canty.

-¡Amiga mía, te recordaré toda la vida! -le dijo, y la abrazó. Luego miró a los otros-. ¡Ya sé que por mí os la estáis jugando, y eso es inapreciable! ¡Ojalá algún día podáis venir a Madrid!

-Adiós, Marina, y buena suerte! -dijo Canty.

Marina salió del piso sigilosamente. Cruzó la calle y volvió a la trastienda. Se marchó a través de la misma tienda de comestibles y salió a otra calle, una vez abandonada la tienda.